

Wilson Molina



Es contradicción tu propio nombre,

Wilson Molina.

Vieja raza nuestra

explosiva infancia,

puro inca

que estalla en una Buenos Aires

desconocida.

Me inclino ante tu nombre,

Wilson Molina.

Hijo travieso de la tierra

que traspasó el infierno sin quedarse.

Ya no hay nada de pecado en tus locuras,

porque todas te salen mal.

Y así entrarás, por caminos poco celestiales

al potrero de los ángeles de barrio

con tu aliento entrecortado y sin verdades.

Te hiciste atorrante
en calles poco propensas a lo incaico.
Entonces se encontraron,
-tenaz batalla-
la fuerza de Tupac
y la gomera,
la gloria del guerrero
y el afano,
el altar del sacrificio
y la puteada en un juego de bolitas,
el enigma de los quipus
y unas zapatillas agujereadas
pisando el charco fatal de la paliza.

¿Cómo contener tanta energía
en los suburbios del cartón y de la chapa?
Ya no hay Puertas del Sol
ni caminos a Dios entre la selva,
Wilson Molina.

Si es el inca que vuelve y no se halla
si es el río de la Plata que lo asfixia.

Es el gran Buenos Aires que no tiene
ni siquiera
la soberbia de antinguas chimeneas
-viejas armas contra la barbarie andina-

Por qué empujar a un niño
puro Bolivia
pura montaña y Potosí y tierra en llamas
al abismo de llanuras
de barro y poca plata
entre maestras que no saben lo que pasa
y buscan al culpable y lo señalan:
será Wilson Molina
(que no alcanza objetivos
Y colma la paciencia
de la pedagogía
subiéndose a los techos de la escuela.
Es el viejo Machu Pichu que te espera
y a tu generación
se le prohibió la cita).

Será equivocación
tu original manera
y salirte del abrazo
tus afectos
y escribir mal y poco
tu sabiduría.

Te quiero tanto que regreso hasta tu nombre
Wilson Molina,

viejo sueño

del imperio que despierta entre tus juegos.

Wilson que hace puntería

al centro de la pacha mama con bolitas

y al vuelo de su pueblo

con gomera.

Y le acierta (queda de señal un vidrio roto)

a la vida.

Claudia Bernazza

Berazategui, 1988.